

**PROKOFIEV COMPUSO EL CONCIERTO PARA PIANO N° 2** un año después del *Primer concierto*, confirmando así la asombrosa rapidez con que había progresado. El músico se encontraba en plena madurez compositiva y, de sus cinco conciertos, es éste el que alcanza una envergadura más poderosa, incluso aunque el siguiente sea más equilibrado y acabado. Prokofiev está atravesando su fase "futurista" y se muestra encantado del escándalo que la obra suscita cuando la ejecuta en Pavlovsk el 5 de septiembre de 1913. Esta partitura provocadora, que lanza un desafío al oyente a la vez que al ejecutante (al que impone unas cualidades técnicas que están en el límite de las posibilidades físicas), no es sin embargo nada superficial. La obra está atravesada por angustias no disimuladas, aunque sean las de un temperamento fuerte y la lucha sea por tanto más espectacular. Sin intentar romantizar, no se puede obviar la conmoción que el compositor acababa de sufrir después del suicidio de un amigo que le había escrito anunciándole su acción. La obra fue revisada en 1923 y sólo es conocida en su versión definitiva.

*Andantino*: comienza *pianissimo*. El solista expone el primer tema, de una dulzura nostálgica, específicamente rusa. La participación orquestal, de intensidad proporcionada, posee una rica expresividad. Un primer nivel dinámico se franquea al llegar el *Allegretto*, que lanza un nuevo tema, más vital y con mayor ritmo. El sonido aumenta y la parte pianística es recorrida por escalas antes de reexponer el primer tema. Después de este retorno a la delicadeza elegíaca del comienzo, llega la prodigiosa y gigantesca *cadenza* del solista, que ocupa por sí sola casi la mitad del movimiento. Página única en toda la literatura para piano por su invención armónica y técnica, es una temible prueba para el ejecutante, con sus cascadas de acordes y sus arpeggios fulgurantes, que exigen tanta precisión como potencia. Sin embargo, de este

tumulto debe desprenderse el tema con nitidez. En lo más difícil del desencadenamiento pianístico, la orquesta entra *fortissimo* con el peso masivo de los instrumentos de metal. Es el comienzo de la coda, cuyo disminuyendo nos devuelve el tenue lirismo del comienzo.

*Scherzo (Vivace)*: raramente habrá escrito ningún compositor una pieza que ilustre mejor el género de la tocata, aunque este término no figure en la partitura. Desde el primero al último compás, el piano toca inmutables semicorcheas, rápidamente articuladas en las dos manos paralelamente. El conjunto orquestal queda en un segundo plano, con sus timbres secos y notas dispersas. Es un movimiento breve, monolítico, escrito de un solo trazo, notable por la mezcla de fuerza y finura en su factura y por su agilidad.

*Intermezzo (Allegro moderato)*: en un tiempo no demasiado rápido se desarrolla un ritmo de marcha cargado de un humor rechinante, suavizado intermitentemente por una escritura más melódica que hacia el final vuelve a ser impetuoso.

*Final (Allegro tempestoso)*: es poco corriente que un concierto tenga cuatro movimientos, aunque el Segundo concierto de Brahms sea un destacado antecedente. Este final tiene unas dimensiones importantes, equivalentes a las del primer movimiento, con cuya *cadenza* se haya emparentado. Al llegar a la parte central se produce un cambio de atmósfera, de un lirismo bastante sombrío y atormentado. Dividido al comienzo entre el solista y la orquesta, da la palabra al piano después de una nota de los metales que resuena como un punto final, y comienza una meditativa *cadenza* del solista, que se va animando más y más a continuación. A partir de ahí, las pulsaciones vitales no dejarán de crecer; la orquesta reafirma pronto su presencia y el concierto termina con un último y prodigioso despliegue de energía.